

UNA GUIA PINTORESCA

AQUILINO DUQUE

En un naufragio laboral que sufrí en el otoño de 1979 —mi despedida del Servicio de Publicaciones de la Universidad Hispalense—, me echó un cable el Director del Instituto de Desarrollo Regional de la misma Universidad, don Camilo Lebón. Yo me agarré a ese cable a la desesperada, creyéndome salvado, pero apenas estuve fuera del agua cuando me dí cuenta de que el ancla de salvación a la que estaba unido el cable iba a ser una pesada cruz que durante séis años habría de arrastrar. Séis años tardé en realizar un libro que, alegremente, me había comprometido a realizar en un año, y en esos séis años, que pusieron a prueba la paciencia del Instituto editor, yo fui arrastrando mi ancla y mi cadena por las ocho provincias andaluzas. Dos años antes de recibir yo el encargo, había visto por fin la luz, después de una kafkiana batalla burocrática, *El mito de Doñana*, ese libro fundamental sobre ese Coto tan traído y tan llevado que la presente Administración, no muy diferente en ésto y otras muchas cosas de las anteriores, mantiene secuestrado en un pertinaz silencio administrativo.

Camilo Lebón quiso que yo hiciera con toda Andalucía lo mismo que hice con Doñana, y yo pensé en un primer momento que la tarea no tendría dificultad. Pronto saldría de mi error. Ahora tendría que hacer solo y a una escala muy superior lo mismo que en Doñana había hecho con ayuda de un batallón de biólogos, guardas jurados, pescadores, fotógrafos, cazadores, propietarios y eruditos, que me habían facilitado la labor con sus relatos, sus libros, sus documentos y su compañía en mis frecuentes recorridos por la reserva. Nada de eso tenía ahora, o al menos no lo tenía en igual medida. Pero en cambio tenía la experiencia de Doñana y los conocimientos personales que me permitieron contar, en las provincias exploradas, con la orientación y el asesoramiento de buenos conocedores y ena-

morados de la naturaleza. A todos ellos los voy mencionando a lo largo del relato y, al pasar sus páginas, tendrán testimonio cumplido de mi gratitud. Dos hay, sin embargo, que ya no están entre nosotros. Se trata de Antonio Cano, Director que fue del Centro de Rescate de la Fauna Sahariana en Almería y, también en Almería, de Jesús de Perceval, el pintor que descubrió e inventó el famoso Indalo. Ellos dos, cada uno por su lado, me hicieron ver la provincia de Almería con una profundidad y un detenimiento de que a solas yo hubiera sido totalmente incapaz, y, si el capítulo dedicado a esa lejana provincia, que fue la primera que visité, vale algo, a ellos se lo debo en su integridad.

No son estas dos bajas las únicas que, por así decir, se han producido en este libro desde que se emprendió su redacción. De sobra conocemos los peligros y las amenazas que se ciernen sobre la naturaleza en la época que nos ha tocado vivir y que raro es el día en que no tenemos un desmán ecológico que lamentar. El lector de esta *Guía* que, animado por ella, vaya a Doñana, a la Alpujarra o a Málaga, va a considerarse engañado por mí cuando vea la marisma llena de aves muertas, calcinado el barranco de Poqueira y agostada y raquítica la maravillosa vegetación del Parque y la Alameda. Sobre la piromanía y la dentrofobia del *Homo ibericus* y sobre las posibles causas de una catástrofe ornitológica semejante, la de 1973, me remito a lo dicho en *El mito de Doñana*. Sobre la entristecedora decrepitud de la flora malagueña quisiera en cambio aventurar una opinión que no sé si ya habrá adelantado alguien, y es que su causa no haya acaso que buscarla en la combustión de gases de motores de explosión, que es una explicación muy socorrida y superficial, sino en algo más profundo, en la succión de aguas freáticas por importantes establecimientos urbanos y en la consiguiente filtración de aguas salobres o salinas del mar inmediato.

El libro se llama *Guía natural de Andalucía* porque eso fue lo que me pidió que escribiera el Instituto de Desarrollo Regional. Sin embargo, para justificar ese título hay que pensar menos en las guías de la naturaleza ricas en fotografías de esta nuestra época audiovisual que en aquellas otras guías de hace más de un siglo en las que el autor del texto tenía que pintar con la pluma tanto o más que el autor de las láminas o los grabados que se lo ilustraban. Por eso, aparte de los lazarillos que la amistad o la suerte me deparaba en cada provincia, siempre me acompañaron y me guiaron por toda la región unos mentores que se llamaban Richard Ford, Pascual Madoz o Jean Sermet. Esta *Guía*, pues, más que guía, que lo es, es un libro de viajes o una geografía pintoresca donde, además de los espacios naturales y las especies animales y vegetales, de vez en cuando asoma el bicho humano en su correspondiente nicho ecológico.

Es además este libro el pago de una deuda a la región a la que debo la honra de haber nacido español. En estos años precisamente se ha pretendido por todos los medios encerrar a Andalucía en sí misma, siguiendo el lamentable ejemplo de otras regiones españolas. No hace mucho se conmemoraba en una Academia sevi

llana el centenario de un sevillano ilustre, José María Izquierdo, y mientras hubo quien infligiendo de paso un ataque gratuito e injusto a Luis Cernuda, lo quiso encerrar en el Cenicero o en el Tranvía del Ateneo, otros procuramos situarlo, como astro de primera magnitud, entre las ideas más sugestivas de la Europa de su tiempo y del nuestro. Lo mismo pasa con Andalucía. La Andalucía que yo he visto no es el feudo de unos políticos alicortos, de unos plumíferos narcisistas, de unos graciosos de profesión, sino la región en la que hace cinco siglos culminó la unidad de España y se dió paso al Descubrimiento de América.

“Viñamarina”, a 11 de octubre de 1986